

JORGE RUIZ DUEÑAS

*Nota introductoria y selección de*  
HÉCTOR CARRETO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL  
DIRECCIÓN DE LITERATURA

MÉXICO, 2013

## ÍNDICE

NOTA INTRODUCTORIA, <i>HÉCTOR CARRETO</i>	4
DE <i>TORNAVIAJE</i>	
LA VOZ DEL VIENTO	
I [SEÑOR DEL VIENTO: TE DEVUELVO LA PALABRA]	6
MEDIODÍA	6
MAR QUE ME HABITA	7
EL PESCADOR DEL SUEÑO	13
YO LEVIATÁN	
I [A QUÉ ISLA...]	16
III [YO LEVIATÁN]	17
V [SER COMO EL BIEN...]	17
TIERRA FINAL	
NOSTALGIA DEL MAR	
3 [SOLTAMOS LAS AMARRAS]	17
4 [ME RESGUARDO...]	18
5 [LA CALETA...]	19
11 [CIERRO LOS OJOS]	19
15 [PREGUNTAS CÓMO...]	20
18 [LAS PALABRAS SE ENREDAN...]	20
NOSTALGIA DE LA TIERRA	
2 [ME GUSTABA HUNDIR...]	21
3 [ES EL DESIERTO AVANZANDO...]	22
5 [ERA LA MADRUGADA...]	22
7 [VOLVERÉ CUANDO LAS LLUVIAS...]	23
EL LUTO DEL CAPITÁN	24
DE <i>GUERRERO NEGRO</i>	
II [COMO RELATOS ANTIGUOS]	28
III [EN EL ENVÉS DEL DÍA]	28
VIII [POR RAZONES...]	29
XI [ESCRIBO SOBRE TI]	30
CELEBRACIÓN DE LA MEMORIA	
II [HAY EN MÍ]	31
IV [PARA EVITAR...]	32

LOS AMANTES DE MALTA	
I [ÉRASE UNA REINA GUERRERA]	32
III [NO ERA FIABLE]	32
IV [CAYERON...]	33
V [LA REINA INFIEL...]	33
XII [AMANECE]	34
XIV [AGUARDÓ LA SOBERANA]	34
EL DESIERTO JUBILOSO	34

## NOTA INTRODUCTORIA

Pocos son los poetas mexicanos que hacen del mar su materia poética; menos aún los que cantan al desierto. Ambos espacios son algo más que escenarios en la poesía de Jorge Ruiz Dueñas: se asumen como presencias vivas, autosuficientes. Y dentro de estos ámbitos, el hombre, situado por este autor desde un yo que contempla y actúa, es la voz de un viajero de mar o desierto, tal vez símbolo del ser en tránsito; pero, inmerso en esas vastas áreas donde se mueve, al hombre lo vemos pequeño, abandonado a los caprichos naturales.

Como lo indican los mismos títulos de sus libros y poemas, el asunto dominante que Ruiz Dueñas propone es el viaje del explorador. Pero su travesía no sólo es física sino también interna. Lo táctil y lo incorpóreo forman parte de una misma materia: sol, mar y desierto son surtidores de espejismos y alucinaciones.

Jorge Ruiz Dueñas es un caso raro en la poesía mexicana, con la que tiene pocas afinidades. De la estirpe de Saint John-Perse, de Fernando Pessoa y de algunos poetas brasileños, promulga una poética de gran aliento, que se manifiesta en la combinación de versos cortos y largos, sugiriendo así una especie de sístole y diástole. Poesía respiratoria en donde todo cabe, desde el recuerdo y la nostalgia hasta el ancla y la dársena; desde el amor y el deseo hasta “las pupilas de los naufragos”; desde los “pulpos y cangrejos descuartizados” hasta el sueño y el delirio; desde el espejismo hasta “las púas de los agaves”. “Poesía acumulativa y almacenada”, como escribiera acerca de la obra de este poeta el escritor brasileño Lêdo Ivo. Quizá por eso pensamos en Ruiz Dueñas como el autor de un poema que se va expandiendo, en donde el viajero (el yo poético), en su aventura por el mar, la costa, el desierto o el lenguaje mismo, va encontrándose con cosas nuevas; sigue llegando a islas inéditas, para volver, después, al punto de

partida. Pero el sitio al que se regresa ya no es el mismo; el retorno es otro modo de hallar novedades. La travesía que este poeta nos propone, en su tema y en su forma, es la que gira en espiral. Poema que en su transcurso (en su discurso) ilimitado, recoge todo lo que está al alcance de los ojos, oídos, tacto, olfato: el mar, el cielo, las ballenas, los ahogados, las imágenes de los espejismos. Este carácter de poema total, en donde todo cabe, es lo que hace difícil la fragmentación de su obra, y especialmente en poemas tan vastos, como el reciente "El desierto jubiloso", del que inserto una parte.

Aunque Jorge Ruiz Dueñas nació en Guadalajara, Jal., en 1946, reconoce como su patria espiritual a "ese largo brazo de granito que la imaginación tanto quiso dibujar como isla", que es Baja California, donde se asentó con su familia desde 1952; paisaje dorado y azul que ha marcado toda su obra poética: *Espigas abiertas* (1968), *Tierra final* (1980) —premio nacional Manuel Torre Iglesias—, *El pescador del sueño* (1981), *Tornaviaje* (1984), *Las noches de Salé* (1986), *Tiempo de ballenas* (1990) y *Guerrero negro* (1995).

Poesía vital, viril, solar, sensorial, que resulta muy reconfortante y necesaria en estos oscuros tiempos en que abundan los poetas puros, preocupados por evitar el contagio de la vida cotidiana en sus versos.

HÉCTOR CARRETO

## DE TORNAVIAJE

### LA VOZ DEL VIENTO

*Volveré mañana en el corcel del Viento*  
León Felipe

#### I

Señor del Viento: te devuelvo la palabra  
la que desciende del profeta  
la que rota y macerada llega a ti  
la que te he robado: la palabra  
en línea directa desde un dios  
en línea directa desde el hombre  
la devuelvo  
sin conocer la tuya  
la palabra que se dibuja sola  
y revienta en nosotros  
la que penetra por los dedos  
en nuestras blasfemias  
en los gritos uncidos de sueño y sombra  
la que sube y baja por la escala interior

#### MEDIODÍA

La llamarada líquida del sol  
se desliza entre los cuerpos  
y la palabra brota de las manos,  
ramificado vegetal  
donde el destello nos aguarda.  
Caen las hojas desnudas  
en la aurora que espiga,  
mientras la ciudad se edifica a sí misma  
y la acción viril del poema  
descansa en las delegaciones,  
se hace un juego de canicas,

una cosecha de frutas en acecho.  
En la playa se refugia el mediodía  
y las campanas conciertan a los niños sobre el polvo.  
Un perfume de puerto  
avanza por la vía del tren,  
en los hilos de la ropa:  
banderas de huelga  
en parvadas de ojos que vuelan por los corredores.  
Dobla la esquina la policromía del alimento  
y el viento quebrado de las doce avanza  
sobre las antenas erizadas,  
por los condominios del éxtasis,  
por las estaciones desvencijadas del corazón del pueblo,  
sobre el marcapaso de mareas  
agotadas en los malecones mudos.

#### MAR QUE ME HABITA

Sólo el mar consanguíneo es descriptible,  
a él acudo en la marea de los párpados  
y el oleaje de la sangre.  
En la arena del tiempo  
los recuerdos se fragmentan como un limo  
y surgen  
los navios antiguos de la imaginación:  
los paquebotes que conocen la paciencia,  
las chimeneas que son la última bandera de los buques,  
los mercantes que no suspenden travesías.  
Los elementos del mar  
entran por mis ojos  
y salen de noche  
en mis sueños umbríos  
bajo la guía insólita de los faros.  
Oleajes perdurables  
como el cintilar de los astros  
serpentean en las playas,  
por riscos y fiordos,  
para erosionar la paciencia  
y los aceptables riesgos de lo cotidiano.

Caen las noches  
y se elevan madrugadas  
sobre los mares sonoros y fugitivos;  
sobre bahías de aguas profundas  
como la mente sabia;  
sobre las caletas para los amores torvos;  
sobre los canales y las corrientes  
que son un mar en sí mismas,  
como las calles de los puertos  
al final de la jornada;  
sobre esteros de desconcertante geografía  
y desenlaces fortuitos;  
sobre las lagunas que tibias y ocultas  
guardan el secreto de la vida;  
sobre el agua y la sal  
que dentro y fuera de mí fluyen  
en mares interiores  
sobre el nivel de flotación de los deseos,  
sobre los golfos y los mediterráneos.

Cae la lluvia  
y los vientos magníficos  
limpian la distancia de encantamientos,  
hacen de la playa una zona de desechos  
y despojos,  
de varamientos en los que cruel  
la vida termina con lentitud  
en medio del paisaje marino.

Para vivir en ti  
cada mañana hay que saber de tus desvelos,  
de tus naufragios y tribulaciones,  
de tus llantos ahogados,  
de tus suicidas arrojados por los primeros rayos  
[matinales,  
de tus especies extraviadas en los ritos fértiles,  
de tus resacas que femeninas llaman y rechazan.  
Para sentirte  
hay que cobrar el tacto corporal de tus quimeras,  
la irritable sensación de la existencia que se sabe difícil;  
hay que ser tocado por la muerte



cuando la vida nace y se apaga simultáneamente  
en nosocomios y maternidades,  
en manicomios y prisiones que como islas flotantes  
pasan aletargadas por el tiempo inagotable y cruel,  
hay que escuchar gritos de socorro  
y lamentaciones nocturnas  
lacerantes ayes de destrucción y de gozo.

Para tenerte hoy  
ha de nacerse en el encuentro de las aguas,  
en la corriente subterránea de la conciencia,  
en la impensada intensidad de los goteos,  
en fortuitas pilas bautismales  
donde los profetas marinos  
hacen su evangelio en las caracolas  
y el bramante terso de la niebla.

Para ser en ti,  
mar que me habita,  
se canta a pecho abierto  
como la quilla de los buques  
botados en sangre,  
se rema a contrarresaca  
en la intimidad de la noche,  
como la ausencia intangible  
de la memoria que acude a nuestro rescate  
tras veinte años de silencio;  
se te busca en los playones  
que reflejan la luna y nuestra vejez  
como los abalorios y las cuentas falsas,  
se acude a ti  
con las rodillas sobre el talud  
como los peregrinos de los libros sagrados,  
y las parábolas  
o las fábulas  
o las lamentaciones proferidas por hombres tan antiguos  
que no son ya como nosotros fuimos;  
se es en ti,  
sin ninguna explicación  
ni certificado natal,  
por convicción  
que se sabe mortal, definitiva.

De ti espero la indulgencia de la caída apacible,  
un ramo de corales fétidos y negros,  
la insepulta ramificación de las algas  
en la aguda extensión de los narvales,  
para que una procesión de cetáceos  
me permita volver al Egeo y al golfo californio  
y me deje atisbar los pedestales de Manhattan,  
el alterado ritmo de Janeiro, de Taipei, de Casablanca.  
De ti espero el derecho de peaje  
y el paso inocente  
por los deltas que te fecundan  
si doblas el Cabo de Buena Esperanza,  
la sensación del hielo ventisquero  
que en Bergen cae como cascada.  
De ti espero la flor amarilla  
que inusitada prospera a la vista de tu inmensidad  
en las arcadas de Venecia,  
para que una mañana la dones  
al viento que eleva el vuelo de la golondrina de mar.

Pero cómo,  
oh mar,  
habré de renunciar a ti  
a tus cosechas de cuarzo y calcio,  
a la miseria de tu renovación  
que como un salario  
se desgasta frugal y no es confiable.  
Renunciaría a morir,  
como los votos de Penélope,  
si inalterado y consecuente  
permaneces y aguardas,  
si renegado desafías  
la agonía recurrente.

Qué he de decirte mar de lo eterno,  
cómo he de narrar tu infinita angustia,  
tus pecados expiados  
en la historia de los hombres;  
cómo reproducir tu caricia furtiva  
entre las ingles,  
el chasquido lúbrico de tus embates,

cómo advertir a los demás de tus traiciones  
de esa juventud intemporal y perfecta;  
a quién aviso de tu juicio perdido,  
de tus crímenes bárbaros,  
de la aventura que causa hábito;  
quién reconocerá tu cadáver risueño  
en un cuerpo desollado entre las rocas  
por las arpías cosmopolitas;  
dónde erigirte un altar cuando muerto flotes  
abandonado por la luna  
igual a las ratas después de los naufragios;  
ante quién demandaremos  
como los hombres engañados  
el rencor de tus traiciones en la parranda de los puertos,  
quién dará más  
por la ruleta rojinegra  
en el tumulto de tus permutaciones que lo buscan todo,  
en el caos constructor de tus pleamares  
como el abrazo desbordado de las mujeres seducidas;  
qué pinceles,  
qué colores  
qué instrumentos  
qué aparatos de la modernidad,  
capturarán tu sinrazón,  
la desmedida truculencia divina del tercer día,  
tu creación sin licencia,  
tu inexplicable liquidez,  
el tenebroso frío de tus entrañas que albergan  
el inventario pretérito de los engendros;  
qué furor inigualable,  
qué conjuro de fuerzas,  
se me ocurre pensar,  
alcanzó la esplendidez de tu parto;  
cómo nos bañas a todos amantísima madre,  
y nos acoges en las horas tórridas  
y nos alimentas en el hambre ancestral  
y desecas nuestra piel  
y nos bendices con tu cáncer  
y nos haces ínfimos  
y creyentes y ateos y panteístas,  
y nos haces cantar

y huir con la mujer que ilusionamos  
pero que no existe;  
quién te da esa impunidad  
mar de los mares,  
torbellino de las ventiscas,  
chubasco de los estrechos y las ensenadas,  
catarata vertical,  
curva euclidiana del horizonte,  
lógica de la séptima ola;  
enfurecido mar que te entregas al mejor navío,  
prostituido y rústico mar,  
mar monacal,  
mar acústico,  
mar prístino,  
mar que se enerva,  
mar turgente,  
mar eoliano,  
mar profuso,  
mar océano,  
mar Jano,  
mar Príamo,  
mar de fondo;  
mar de la mar,  
para amar y ser amado,  
mar que resucitaste en la cuarta era,  
que ascendiste sobre la escala del planeta  
para dormir a la diestra del hombre  
y de las riberas encantadas,  
mar que te sabes poderoso y abusivo,  
incontenible y melodioso,  
lujurioso y asexuado mar,  
mar enclaustrado al habitar en mí,  
mar de los niños que te roban a cubetas.  
En qué ruta zozobraré,  
con qué dolor,  
con qué desmayo me diezmarás,  
qué puertos en ese fugaz instante traerás a mis ojos  
como los naipes me dejarás volver al juego,  
al método portuario,  
a la aduana de la misericordia,  
en la que los impíos son cateados y presos,

permitirás que caiga sin convulsiones  
que te nombre para llevarme en la boca  
el sabor de tu beso mortífero y salobre,  
la sabia posesión de quien lo sabe todo.

#### EL PESCADOR DEL SUEÑO

A la deriva,  
las pupilas de los naufragos  
estallan en mi interior,  
iluminan la carne,  
hacen el mediodía en mis pensamientos;  
desde ahí me abordan visiones de la tierra firme  
y padezco así, de nuevo,  
la fatiga de los atracaderos;  
me posesiono de las dársenas  
y de sus aduanas,  
busco el arrebató callejero,  
me uno a la huelga de los muelles,  
amago al orbe comercial  
y las bodegas, catedrales vacías,  
se hacen clausurar con el silencio;  
hospiciano de nuevo,  
vaga mi recuerdo con la consigna de la libertad  
y en la mano de los huérfanos tomo mi propia mano  
y con su ansia recupero la angustia,  
y mi rabia,  
en su derrota,  
cae en letrinas que van a la subterránea ciudad,  
a acueductos de inesperado encuentro,  
de pestilente hallazgo,  
arroyos turbios, rápidos, cloacales.  
En la mañana de zinc  
palpo la carne de mi entraña,  
construyo islas  
y desembarco esclavos;  
dentro de mí,  
patrón y marinero,

las cartas de navegación son referencias y memorias,  
ojos de hombres y mujeres  
que esperan a los liberados,  
ojos de infantes en los albergues  
y de estibadores en los nosocomios,  
los de muchachas de madrugada en las empacadoras,  
los ojos nostálgicos de los viejos en la playa,  
los ojos infinitos de la gente de mar.  
Flota mi cuerpo para medir los litorales,  
corto rutas náuticas,  
sondeo radas,  
tropiezo con los seres acuáticos,  
cruzo latitudes y longitudes,  
y los trópicos y el ecuador me dan vueltas  
y las grandes migraciones de los mares,  
los hielos árticos y antárticos,  
las costas ardientes,  
las aguas interiores.  
Encallo en bancos  
y me abrigo en ensenadas,  
amo a las mujeres de los puertos,  
y hundo mi carne en otras carnes,  
gozo de su piel infinita,  
y en todos esos sitios  
doy recuerdos y los gano;  
así, con la tarde sanguínea  
la bitácora documenta mis emociones.  
Mi tradición  
es deslizarme en las olas con los hijos,  
es jalar del anzuelo y resistir el temporal;  
es la mala pesca,  
es la sangre en los canales,  
es amar esta posesión universal,  
aferrarse a las rocas como alimaña costera  
de los mares tropicales y de las corrientes gélidas;  
es ser fruto del agua salobre  
y aguardar al sol en altamar.  
Para mí no hay especies reservadas,  
capturo en todas las aguas  
y en todas las distancias,  
hago de mi pesca un pronunciamiento ribereño

y enfrento los riesgos de mi propia captura.  
En esa suerte vuelvo a la taberna,  
y a aquella callejuela que encerraba  
el golpe delator de mi carrera;  
vuelvo a la macana,  
a la picana  
a las banderas rojinegras,  
a la fuerza pública  
y al interés público,  
a las paredes salitrosas de las cárceles portuarias,  
al hedor de los desperdicios,  
a la neblina que veo avanzar en cautiverio,  
a las fichas policiales,  
a expedientes con olores a facturas,  
a conocimientos de embarque,  
a timbres y sellos,  
a la tinta en los dedos y en los sellos azules,  
a la astenia y al quebranto de los huesos,  
a la nostalgia de mí mismo,  
solo,  
derivando en la conciencia propia y en la ajena,  
flotando como los desechos,  
mutilado en mi ánimo,  
como al principio de la caída  
y del deseo prohibido de la muerte marina;  
derivando con las aves de mar,  
a la deriva en el tiempo  
y a la deriva en el mar.  
Me consumo y disuelvo,  
rasgo mi piel contra escolleras  
y en mí entra la sal que crispa la carne,  
y bajo la luz astral  
otra luz fulgura en mi cuerpo,  
fuego del advenimiento  
que revela dimensiones no exploradas  
donde penetro absorto  
para conocer los purgatorios y el infierno,  
la condena oceánica,  
averno que retorna  
para obligarme a anudar los mismos nudos,  
a tener los mismos presentimientos,

a saltar los mismos diques,  
a odiar y a amar:  
los mismos recuerdos  
y los mismos hermanos,  
las mismas mujeres,  
y los mismos buques,  
los mismos amigos,  
los mismos horrores,  
la misma niebla gris y densa  
que ocultó mis pecados y desasosiegos,  
la brisa que humedeció mi cuerpo  
y aquellos labios no identificados  
que sacudieron mi fiebre.  
Una vuelta más al gran timón  
para acabar atemorizado sobre la misma playa,  
aterido por el mismo viento del noroeste,  
aterrado por las mismas calmas,  
en el centro de la soledad y del océano,  
nuevamente recluta y nuevamente operario,  
nuevamente pescador de estero y navegador de altura,  
nuevamente yo y tú y todos nosotros,  
para ser devorados por la misma ola  
en la misma hora imperfecta de la tarde,  
en ese minuto tan cruel y abominable.

## YO LEVIATÁN

### I

A qué isla, me pregunto, llega ese hombre.  
En qué arena su planta hace crujir los fucos.  
A qué rada se aproxima en esta hora.  
Qué busca entre las gallaretas cautas.  
Sobre qué agua surca la nave del albatros.  
Dónde la marinería descubre más constelaciones.  
Por qué aquí,  
en la boca misma de la soledad y el viento.



### III

Yo leviatán.  
Yo la asediada gris de los desiertos litorales.  
Yo viajera ártica.  
Yo señora de lagunas y canales.  
Yo abismal y mítica.  
Yo macho lascivo.  
Yo hembra amantísima.  
Yo ballena.

### V

Ser como el bien y ser como el mal.  
La extensión más plácida de la tierra,  
la tierra móvil sobre mi dorso móvil,  
más allá de la oscuridad y el caos.  
Territorio de la fantasía,  
isla de San Brandan,  
el mar para surtir al mar.  
Amparada en los océanos,  
perseguida y nostálgica,  
hoy bulle la espuma por mi cuerpo  
y, mientras la sal crece,  
las embarcaciones se impulsan sobre mis bestiales  
dorsos.

### TIERRA FINAL

### NOSTALGIA DEL MAR

### 3

Soltamos las amarras  
y una sensación de libertad  
colma nuestros cuerpos.

Ahora somos diferentes,  
nos confinamos en las aguas  
circundados por la inmensidad;  
líquido que hace nuestra vida,  
transparencia rota por la luz  
donde el tiempo sedimenta al pasado  
para guardar los corales y los pecios;  
líquido hendido por maderos al garete  
como nuestras existencias que caen  
en el encuentro con lo desconocido,  
para terminar en un torrente  
cuando este mismo oleaje nos ciñe  
y nos lleva consigo  
en una corriente misteriosa  
que fluye en las profundidades,  
y un cortejo de peces abismales  
nos ve caer, irremisiblemente,  
a un gélido y oscuro océano de silencio  
que limita con la noche.

4

Me resguardo en sotavento.  
La espesa estela  
se alarga desde popa  
como el velo de una desposada.  
Sobre la noche  
la carta de navegación relumbra,  
y me indica la ruta de los navegantes,  
los que descubrieron en la inmensidad de los mares  
la nostalgia de la tierra,  
que zarparon de continentes perdidos sin bitácora ni  
[leyenda,  
que advirtieron la fría luminosidad de Sirio,  
el azulado encuentro de planetas y meteoros  
la saturada congregación de la Vía Láctea.

5

La caleta queda atrás  
y el agua encrespada golpea el casco.  
Doblamos el cabo en la convergencia de las aguas  
y en su perfil agudo y horadado  
sopla el viento como un martillo:  
tierra final de la exaltación y el torbellino,  
tierra final que aligeró el bogar de mis ancestros,  
aventureros sin reposo,  
fracasados marineros en inasible persecución de sus  
[delirios,  
avistados por los horrores del mar,  
con la esperanza de un grito  
que clamara nuevamente  
¡tierra!

11

Cierro los ojos  
y el sol me ilumina por dentro.  
Veo un sol canicular que no existe,  
la playa animada por bañistas,  
los cangrejos albinos en violenta huida.  
Cierro los ojos,  
sueño,  
recuerdo,  
veo:  
la huella de su pie descalzo,  
su oculta desnudez entre las rocas,  
fría agua que envuelve  
sus contornos erectos y redondos,  
filigrana de gotas adheridas a la piel  
cabello en ovillados rizos,  
arenoso, con el mar batiente y excitado.  
Vértigo o desdén en la pupila,  
su frágil caminar sobre guijarros  
y luego el mar a la cintura  
para llegar hasta los hombros,  
a su boca abierta

y luego el mar a la cabeza,  
a contraluz,  
casi una flor o un animal,  
más allá de las balizas,  
para dejar atrás la tierra firme.  
Y luego el mar  
y la risa lejana de los niños.

15

Preguntas cómo se hace un marinero.  
Por instinto.  
Por gozar de los sentidos.  
Por la cólera  
que a flor de labio nos hace posesivos.  
Por la obstinación en la rutina  
hasta el insaciable límite de la avidez  
por aventajar los límites.  
Por la resistencia estimulada  
y el amor renovado y cotidiano  
para felizmente caer en tentación.  
Mas la palabra  
llega a ti como un goteo  
y se vuelve anónima y gratuita.

18

Las palabras se enredan ya  
como un follaje:  
alimañas brutales  
de esta vespertina agonía.  
Sumergido en un bordado de saliva,  
humillado entre osamentas,  
suspendido por brillos,  
rodeado de eternidad,  
soy expulsado al territorio de nadie.  
Pero antes floto,  
nuevamente floto,  
como un despojo,

podrido,  
ligero,  
a la deriva.

## NOSTALGIA DE LA TIERRA

2

Me gustaba hundir mis botas en los terrones de los  
[olivares  
y asomarme a la tarde entre las hojas minúsculas.  
Me gustaba adivinar el fin de los caminos  
y sentir en cada árbol el centro de mi tedio.  
Me gustaba estrujar las aceitunas hasta sangrar su pulpa  
[violácea y aceitosa;  
me gustaba estar ahí,  
imaginar voces en el viento,  
escuchar el galope furtivo de las liebres  
y levantar nubes de polvo que inmóviles flotaban en  
[medio de los árboles.  
Me gustaba encontrar olivos viejos,  
calcular su edad, sus frutos, sus sequías.  
Me gustaba correr bajo las ramas,  
esquivar insospechados brazos.  
Me gustaba fatigado abrazarme de los troncos.  
Me gustaba oír las risas distantes de las colectoras  
hundiendo los pies en las acequias;  
me gustaban sus burlas, su ponzoña.  
Me gustaba creer que el sol se detenía y había más luz,  
[más tiempo.  
Me gustaba subir la última colina,  
llegar a campo abierto,  
marchar a golpe de sangre,  
inventarme una emoción y ver sólo al final el mar en  
[llamas.

3

Es el desierto avanzando hacia el mar  
sobre el descomunal lomo de peñascos al sol;  
son las montañas que en él alargan su extremidad de  
[piedra hasta la playa;  
son los molinos de viento al cribar el aire que sube del  
[océano;  
es la ausencia en su extensión de arena esparcida en  
[migraciones dolorosas;  
es la resurrección del agua en los oasis;  
es el reino telúrico del animal dormido;  
es la vida latente;  
es mi piel, mitad mar, mitad desierto;  
soy yo perdido entre las dunas,  
hundido en la tarde, transparente, silencioso,  
deseando poseer la soledad, el abandono.

5

Era la madrugada lo que pescaba desde el muelle  
sobre la misteriosa sombra de la mantarraya;  
era el cigarrillo de mi padre  
una brasa clavada en la oscuridad:  
el océano se enganchaba a mis anzuelos,  
las islas venían hacia nosotros,  
la marea chapoteaba bajo los pilotes.  
Ciegos los jureles arponeaban su instinto  
y de mis manos escapaban y escurrían por las ranuras.  
Eran tiempos de pejerreyes y albacoras.  
La sorpresa volvía con el tañer de las campanas viejas  
y las siluetas eran adivinanzas en los puentes,  
plomadas hundidas en el fondo del silencio.  
Las aguas hervían con los giros de las anchovetas  
y con la brisa venía también el buen consejo.  
Eran tiempos de mar,  
de sueños, de espectros que volaban en nubes de  
[fósforo,  
de pulpos y cangrejos descuartizados,  
de dagas oxidadas y sortilegios flotantes.

Eran los presagios de las magas,  
las sandías rojas y abiertas en el agua marina,  
la lenta agonía de los actores viejos en las tabernas,  
la compartida ilusión de los bailes al anochecer.  
Eran los veranos que reventaban de pronto sobre  
[nuestras cabezas,  
y el vino espeso que secaba entre los labios:  
En los brazos abiertos crecían los emparrados  
y progresaban mis deseos entre los girasoles y el polvo,  
en las esquinas aguardábamos como los encinos al  
[tiempo,  
en los granos de arena el oro corría licuado por la tarde.

7

Volveré cuando las lluvias invernales deslavan la tierra  
y los muertos salen a la superficie;  
cuando la brisa humedece las calles  
y el fango ensucia las ropas del asueto;  
cuando las campanas tañen  
y amordazan los ruidos vitales de los muelles;  
cuando el mar recupera sus riberas  
y fluye el agua como un estado de ánimo;  
cuando los buques se desahucian tierra adentro  
y su óxido da albergue a las criaturas.  
Volveré con los pájaros que han roto sus miembros  
mientras la especie ronda su agonía;  
con la erupción dulce del desierto  
y la boca florida de los cactus;  
con las serpientes que bajan al litoral  
para ser devoradas frente al mar;  
con los ballenatos de piel limpia  
y su primer instinto de buscar el ártico;  
con las fiestas rituales de los pescadores  
y la música perdida en los esteros;  
con mis hijos, de nuevo  
navegando en el sol mágico de enero.  
Volveré como las dragas que remueven los bajos  
[lentamente.  
Volveré a las brechas de la costa,

a los cañones poblados de alisos sobre la ruta perdida  
[del océano;  
a las misiones olvidadas en el camino de los minerales;  
a los islotes que irrumpen en el paisaje marino;  
a las cosas sencillas y a la arena.

Volveré para sentirlo todo nuevamente;  
para enraizar entre los mangles;  
para cambiar los ojos por guijarros;  
para secarme en los estiajes amarillos;  
para encontrarme de nuevo con la muerte  
y en el filo del silencio desnudar mi carne,  
y en el meandro desgarrado de las aguas corroerme,  
y ser en la miseria de los guanos descompuestos,  
y caer más y más en las grutas bocazas de mi infierno,  
de mi tierra final, irredenta, inextinguible.

#### EL LUTO DEL CAPITÁN

*We have dreamed our Kaddish, and wakened alive.  
Good morning, Father. We can still be immortal (...)*  
Leonard Bernstein

Cerca del mar que ve a la eternidad  
la tarde del verano se nos hizo agosto,  
ardía el sol en mi cabeza  
con flores segadas y metales negros.

El desierto nos llamaba  
y los minerales se abrían  
como constelaciones.  
Avanzaba contigo igual que antes entre los abrojos,  
estallaban las piedras a tu paso  
y el vuelo certero de los ojos derrumbaba la vida  
con el fuego de las armas,  
hacías conjeturas y sentíamos el viento  
súbito aliado de la vegetación calcinada.  
Mas no imaginaste  
la abominable sensación de la mirada ajena



que auscultaba el corazón sobre las ropas,  
los volátiles rumores encerrados,  
el ritual civil inmovible.

Y no consideraste, tras el definitivo juicio,  
que una honda tristeza saldría de mis entrañas  
y estrecharía distancias  
para seguirte  
cuando tu origen terrenal ya no importaba.

Recorrí el presagio de olvidar la última vez,  
porque algo decía que hubo una ocasión final,  
y así el largo camino a casa  
fue oración de la memoria,  
concilio de los milagros,  
sendero recorrido por la intuición.

En el crujir de las poleas  
y la caída de la tierra  
se abría el silencio.  
Mis manos en las camisas  
permanecían ausentes de tu cuerpo.  
La presencia fantasmal  
transitaba cruel nuestra morada.

Pero las botas en la arena  
dieron baño de silicio a viejos pasos.  
Apuntabas con índice flamígero  
y los cuervos ondulaban  
entre serpientes de hielo y cardos al sol.  
Abriste entonces tu leyenda,  
los recuerdos en la imaginación,  
y bajo las encinas  
escuchar era importante  
si explicabas el arte de la muerte.  
En el bosque  
crujían tus plantas sobre las bellotas,  
y la tarde  
alentaba el vuelo de las perdices plúmbagas,  
la sangrienta actividad de las depredaciones,  
el júbilo del triunfo en la danza final del puma herido,

las aves lacustres caídas como centellas,  
regocijado a la manera de un Pan atroz, vociferante.

En las vides arrasamos vino en ciernes  
y encontrabas en los zarzales que desfilan sobre las  
[colinas

la senda que lleva a la vendimia.  
El ritmo de la sangre se enlazaba con los mostos,  
la garganta era un odre abismal y gratuito,  
tu alma como la dulce pulpa de los cítricos  
se esparcía en los sedientos territorios.

Montuno, abrías frente a mí  
las huellas ocultas que llevan las cimas hasta el mar,  
convocabas las luces del ocaso,  
enganchabas certero las faenas pescadoras  
y eran batallas marítimas  
las que te hacían capitán en la corriente del Pacífico.

Ahí te evoco,  
en la sonrisa abierta como un pájaro,  
en tu luz de oliva negra,  
en los relatos que callaste  
para evadir los riesgos de la narración  
cuando la brisa meridiana  
suavemente insistía en las corrientes de sicigias.

Como el lobarío marino  
tu ánimo sobrevive a las mareas.  
El pecho de espuma  
nubla mi mirada  
y sé que el tiempo luctuoso ciñe ya mi piel  
para inaugurar contigo el conocimiento de la muerte,  
el lento exterminio de la especie,  
la triunfal marcha de las olas sobre los malecones.

La nostalgia arraiga en mí  
con el ulular de las sirenas  
en las largas esperas de diciembre.  
Pierdo a Andrómeda arriba de las islas  
y una nueva fe le grita a mis sentidos,

cuando surges en mis hijos  
el magnífico bufido del océano.

Nuestro andar quedará marcado  
en los olivos y viñedos  
y los carapachos desollados  
como la rosa de los vientos  
apuntarán al centro de la soledad.  
De nuevo seremos implacables,  
incendiaremos la taiga con tu nueva infancia,  
nos hundiremos en las lagunas para hacer estragos.

Y te diré:  
ya nada dejamos en el puerto,  
recorrimos las dársenas,  
como cuchillos abrimos las valvas  
y maceramos las conchas,  
conjuramos los deseos  
y la ancestral misión de la supervivencia.

Resguardado en mí  
seré capitán de madrugadas,  
y como tú  
haré una flota transparente  
para juntos navegar en tornaviaje.

Abrimos las cartas de navegación  
¿lo ves?,  
izamos nuestras velas hacia el misterio de la noche,  
ya nada nos detiene, padre.

DE GUERRERO NEGRO

II

Como relatos antiguos  
el desliz de los veleros  
arrebata tu imaginación

Resuenan los tambores de la tarde  
y tu pregunta  
alza la cresta de la ola

Quedas distante  
combates batallas imposibles  
y un ejército de caracolas vaticina el triunfo  
y la desbandada de las gallaretas  
destruye barricadas de minúsculos cangrejos  
que saltan

                  guerrero negro  
al glorificar tu nombre  
enarbolando tus blasones  
cuando atenazan la vida para ti  
mientras vuelves a nosotros  
en ese coagulado instante donde  
  tenue sombra

creces  
                  y nos das cobijo  
creces  
                  y dilatas el lenguaje  
resplandeces en el declive abierto  
  sin artes místicas  
  sin culpa original

III

En el envés del día  
tras el vuelo de los sueños

tu mano eleva nubes

Pasos perdidos  
pasos que adivino

y dan la alerta

Voces que animan el recuerdo  
y salen de mí como harapos de un baúl  
Voces perdidas en la morada inhabitable  
Paso de la voz que no germina  
para decir en la bitácora  
cómo era tu sonrisa  
cómo eludías

al presentir el roce del centinela frío  
la delgada humedad en la pupila

Luego  
la mañana en su estampida  
la piedra alrededor del cuello  
el viaje al encuentro del tiempo  
la girándula de las especies

## VIII

*Por razones que el silencio nombra*  
por acudir a la memoria  
un meandro de palabras disuelve los prodigios

Óvalo al aire  
el mar batiente  
en tu espalda  
ángel caído  
cuando subes callejas  
sustantivos arcaicos  
y casas trepan las colinas  
como blancas cabras  
del olvido deletéreo

Cruzas pórticos  
arcadas  
el rincón del perro que sueña

el sendero interrogante  
y en balcones sangrando buganvillas  
la luz que reverbera  
caracol ascendente como tú  
pedras arriba  
floresta arriba  
ánimo arriba de ti mismo  
sobre caletas o susurros  
sobre cuerpos de fogosas salamandras

## XI

Escribo sobre ti  
y así no escapas  
Anticipo tu misterio

La bahía  
diadema engastada  
se alza en andamios de la muerte

Veo la colina de los hibiscus  
aspiro la noche  
y perdura inalterable

cuando tú  
incierto navegante  
llegas a puerto  
con la ganzúa prendida de acertijos  
de cábalas humeantes  
Sí  
tú  
mi as de espada  
transfiguración de Dios ocupado de sí mismo

Errante como soy  
esquivo la luz  
Llego a ti  
pero adviertes  
que el dolor clava el marfil  
bajo mi yugular que sobrevive  
y vuelvo a embestir

pluma en ristre  
sobre recuerdos que la imaginación reposa  
en espacios del riesgo  
donde caía  
antes de tiempo  
desliz en suerte  
—¿pero es el caso de transcribir  
la propia página?—

Imagino buques en recalada  
naves de eslora inexistente  
nafragio de la oscuridad  
Y en esa visión te arraigo  
una vez más  
rasgo el velo  
lienzo de misterios  
—¿pero quién renuncia al  
poder de la manada?—

Por los montes  
asciende ya el vaho opalino del océano  
y me pregunto  
si bajo el mismo manto  
el mensaje llega  
si te libera o te tortura  
si en el curso de los planetas  
presientes la fragilidad de la carne  
la minúscula extensión de nuestro tiempo  
feliz coincidencia  
aquí y ahora  
en que atrapados  
pasemos a formar  
otro silencio

CELEBRACIÓN DE LA MEMORIA

II

Hay en mí

restos de un continente devorado  
En la carta de rumbos  
testimonios de vejez larvada

Riscos  
Páramo  
Mar en lecho  
El tiempo diluido en el piélagos

IV

Para evitar los males que llegan del océano  
hizo levantar una colina de sal  
Sobre ella  
sus cancerberos otean el horizonte  
y aúllan a la luna

Sí  
te aguardan

LOS AMANTES DE MALTA

I

Érase una reina guerrera  
que vestía su desnudez con perlas negras

Érase que montaba vigilancia sobre las islas del reino  
en un altivo grifo de la Argalia  
y tomaba para sí los marinos más apuestos

¡Con mayor crueldad morían

III

No era fiable



La soberana mudó de bando  
en medio de la guerra

Amaba a uno  
Desposó con otro

Abrazaba así la fe cristiana

#### IV

Cayeron en el abandono  
Nadie osó ceñirse la corona  
Languidecían

Sensibles como eran al silencio  
huyeron los grifos

Derrumbado el reino  
en su decadencia  
ya no exterminan a los náufragos

Decidieron procrear hijos varones

#### V

La reina infiel vive a la orilla del ocaso  
Frente a espejos de azogue trenza el pelo  
hincha los carnosos labios  
Aroma de lavandas  
arropa su túnica magenta

Afuera  
sobre el primer peldaño de la noche  
un grifo aguarda  
para llevarla a las tinieblas

## XII

Amanece  
Otra barca  
al encuentro de Malta

Ella abre sus brazos  
al amor clandestino

## XIV

Aguardó la soberana  
en la ruta de Medina  
Ocultos se rinden al amor  
El placer es vértigo  
donde han sido atrapados  
Deciden prolongar su éxtasis  
Ahora mismo se entregan a la muerte

## EL DESIERTO JUBILOSO (fragmento)

Mar adentro  
una hebra de humo  
supone derroteros apacibles  
y los vahos de octubre ondulan el paisaje terreno  
entonces  
olvida a los hombres insuficientes que denostaron  
[esta zona  
Acude al cronista  
"¿qué desean de nosotros?"  
porque hemos formulado nuestro decreto  
sabio y justo  
al observar las leyes de la errancia  
y sostener el régimen de las tentaciones  
Marcha así por el señorío de las especies prófugas

tras los volcanes del golfo  
cuando el cíclope atiza su fragua  
y el cuarzo despedazado chorrea iridiscente  
ladera abajo

Cuando los hombres ávidos  
llenan alforjas con mica o metales y piedras inútiles  
y las placas de basalto asoman uñas  
en territorios del diluvio

Marcha luego entre los fermentos de la memoria  
en las hondonadas agrestes  
ahí donde los osarios blanquean sin virtud  
y el bosque de áloes luce vástagos  
donde el cráneo de un alucinado bovino  
asila escarabajos cornudos  
ante la mirada de los camaleones  
siempre apócrifa

Marcha sobre el tumulto de las hormigas  
y el cuerpo perforado de un ser irreconocible  
en su último espasmo  
sobre mantos de grava que sublevan al silencio  
y huye por los desfiladeros  
perturbado por el gemido de sabandijas baldadas  
en su ayuntamiento múltiple  
por la escolta de altos nimbos  
en la insurrección del día sin sombras  
por el sueño siempre famélico y alado  
del peón de vallas que incita con sus tenazas  
el pezón extenuado de la compañera

Para ellos canta

A ellos  
al que clasifica flores de origen incierto  
al rastreador de caminos reales  
al solitario custodio de antenas  
al buscador de saetas de obsidiana  
al vecino de aldeas anónimas  
al emisario de las raíces mágicas  
al que persigue artefactos caídos del cielo  
al trazador de invisibles rutas que a cuestras lleva un  
[teodolito]

al explorador de vetas engañado con sedimentos y  
[espato  
al que prepara alimentos insólitos en láminas  
[ennegrecidas  
al inspector de salmueras en el canal de amargos y al  
[que  
[criba sus gemas sin desfallecer  
al cosechador de damiana  
al memorioso guía de cuevas y petroglifos  
a la viuda insomne que espera al marido  
al vendedor de abalorios y almanaques caducos  
al cicatrizado por víboras en celo  
al desterrado sin queja  
al que se atreve en transportes desvencijados  
a la ramera trashumante  
al que mide los relevos siderales desde tiendas  
[inhóspitas  
A ellos  
Para ellos canta

*Jorge Ruiz Dueñas*, Material de Lectura,  
Serie Poesía Moderna, núm. 194,  
de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM.  
Cuidado de la edición: el autor y Ana Cecilia Lazcano.